

Un Color Infinito

Byron Batz, Ph.D.

© 2026 Byron Batz. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este texto, su distribución, almacenamiento o transmisión por cualquier medio, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Un Color Infinito

Cuando miras el mundo en toda su diversidad indómita, ¿qué se te revela?

¿Presencias la desesperación trenzada con la esperanza, la felicidad sombreada por la tristeza, sonrisas que se elevan junto a lágrimas, alegría entrelazada con sufrimiento, cada emoción apoyándose en la siguiente como hilos de un mismo tapiz?

Y cuando elevas la mirada hacia la inmensidad del universo, ¿qué entra en foco?

¿Percibes el caos danzando con el orden, la insignificancia disolviéndose en magnificencia, la complejidad escondida dentro de la simplicidad, el brillo titilando contra la oscuridad, cada verdad contradiciendo y completando a las otras?

Quizá la pregunta más profunda no sea qué ves, sino cómo ves, porque el mundo y el cosmos ofrecen todas las posibilidades al mismo tiempo. Las percepciones se convierten en lentes que moldean lo infinito en significado. Y a través de esos lentes, la mente aprende a leer el tejido oculto de la vida y se vuelve una aguda descifradora de secretos.

¿Alguna vez te has detenido lo suficiente para preguntar por qué ves todo como lo ves? No solo lo que ves, sino la arquitectura detrás de tu mirada. Tu visión de tu propia vida y de la vida de los demás, tu perspectiva del mundo y tu juicio sobre la creación. Tu convicción sobre tus creencias y tu razonamiento para existir.

Esa evaluación no llega a través de una ventana, sino a través de una multitud de lentes. Lentes que han sido aplicados y pulidos por incontables manos: tus experiencias, tu cultura, tu crianza, tu educación, tu religión, tu política, tu etnicidad, tu género, tu edad.

Cada una deja un lente delgado, un tinte tenue, una ligera distorsión, una claridad repentina. Algunos lentes agrandan la apertura y llenan el espacio de luz; otros proyectan una sombra suave, invitando a que los tonos más oscuros se reúnan.

Nos gusta creer que miramos el mundo directamente, pero en verdad lo miramos a través de nosotros mismos primero. Heredamos historias antes de que podamos hablar de las nuestras. Absorbemos valores antes de saber cómo cuestionarlos. Aprendemos a qué temerle, qué desear, qué ignorar, mucho antes de elegirlos conscientemente.

Y así, el mundo que ves no es simplemente “el mundo”, es el mundo refractado a través de una vida entera de lentes acumulados. La tarea filosófica no es deshacernos de estos lentes. Eso es imposible. Sino reconocerlos, comprender cómo moldean tu visión y preguntar, con humildad y valentía, si aún sirven a la verdad que buscas.

Tu percepción distintiva, tu manera de ver, no es una plantilla genérica compartida por las masas. Es una constelación singular. Cada experiencia, cada acontecimiento, cada momento fugaz se ha estratificado dentro de ti, formando lentes que nadie más en la Tierra posee.

Y contrario al mito reconfortante de que “desprendemos” lentes antiguos al crecer, la verdad es más intrincada. No los pierdes. Permanecen, apilados y entretnejidos, formando un prisma a través del cual tu mundo se refracta. La maravilla infantil se sienta junto al escepticismo adulto. Los temores tempranos susurran bajo la valentía tardía. La herencia cultural se mezcla con la rebelión personal. Todo permanece. Todos los colores de la vida proyectando su propia luz. Su propia oscuridad.

De este mosaico viviente emerge tu espectro particular de creencias, valores, interpretaciones y sueños. Un espectro que solo pudo haber sido creado por la secuencia irrepetible de tu vida.

En este febrero de 2026, tu perspectiva es una entre 8.3 mil millones, pero no es simplemente una más en la multitud. Es una que nunca ha existido antes y nunca existirá de nuevo. Y quizá el milagro asombroso es que el mundo que ves está moldeado por ti, y tú, a su vez, estás moldeado por el mundo que ves.

Una danza recíproca, íntima e infinita.

Surge una pregunta: ¿la conciencia que ahora posees es permanente, fija como una piedra en el lecho de un río, o es fluida, reconfigurándose a medida que nuevas aguas atraviesan tu vida?

Tus lentes, formados por experiencia, cultura, memoria, identidad, no desaparecen. Se acumulan. Pero el peso que cada uno lleva, el orden en que se apilan, la luz que dejan pasar... eso cambia.

Tu perspectiva no es una estatua. Es un organismo vivo. Cada nueva experiencia mueve el prisma ligeramente. Una conversación cambia un color. Una pérdida profundiza una sombra. Una alegría ilumina un borde. Una revelación reorganiza todo el espectro.

Y aun así, los lentes anteriores permanecen. No desaparecen; simplemente se vuelven parte de un marco más amplio y complejo de visión. Así, tu mirada es a la vez permanente y fluida.

Permanente en el sentido de que nada de lo que has vivido se borra. Fluida en el sentido de que todo lo que vives sigue remodelando cómo interpretas el pasado y cómo imaginas el futuro.

No eres un punto fijo en el tiempo. Eres un despliegue continuo, una perspectiva en movimiento, un divisor de luz que sigue aprendiendo a doblar su resplandor.

Surge una pregunta más profunda: ¿estás dispuesto a aceptar un nuevo lente, una nueva forma de ver, o te resistirás cuando una nueva experiencia sacuda los cimientos de tu comprensión del mundo y del universo?

Este es el cruce de caminos que todo ser humano encuentra constantemente. Porque un nuevo lente nunca es solo una idea. Es una perturbación. Te pide aflojar el agarre sobre lo que antes parecía seguro. Te pide permitir que una interpretación antigua sea reorganizada, preponderada o incluso contradicha. Te pide admitir que el mundo es más grande que la historia que te has contado.

Y eso no es fácil.

Algunos lentes se sienten como hogar: familiares, reconfortantes, predecibles. Otros se sienten como intrusos: inquietantes, desorientadores, incluso amenazantes. Así que el instinto de resistir es natural. Es la manera en que la psique protege su coherencia. Pero el crecimiento tiene su propia insistencia silenciosa. Una nueva experiencia no pide permiso.

Llega.

Sacude.

Reorganiza.

Y quedas con una elección: aferrarte a la vieja franja de color o permitir que la luz se refracte de otra manera.

La disposición no se trata de entusiasmo. Se trata de apertura. Es el valor de dejar que tu comprensión sea porosa en lugar de sellada. Es la humildad de reconocer que tu visión prismática actual, tan única como es, tan rica como es, sigue siendo incompleta. Imperfecta.

Aceptar un nuevo lente es aceptar que estás inconcluso. Resistir es fingir que estás completo. Y ningún ser humano llega a ser completo.

Es importante comprender que tu prisma, como el ojo humano, solo puede percibir una banda estrecha del espectro total de la existencia. No porque te falte inteligencia o imaginación, sino porque toda conciencia está limitada por los confines de su experiencia personal.

Así como el ojo no puede ver el ultravioleta o el infrarrojo, la mente no puede percibir naturalmente toda la gama de posibilidades humanas. Solo ve lo que sus lentes permiten. Y esos lentes, por notables que sean, siguen siendo parciales.

La única manera de expandir los colores de la vida es vivir más de ella, entrar en momentos desconocidos, acoger la incomodidad como maestra, dejar que la curiosidad te lleve más allá de los bordes de tu certeza.

Pero incluso eso no basta.

Para ampliar verdaderamente tu espectro, debes intentar algo aún más radical: ver la vida a través de los lentes de otros. Tomar prestados sus colores. Permitir que sus historias refracten tu luz de manera distinta. Dejar que sus alegrías y heridas revelen tonos que nunca supiste que existían.

Porque ningún prisma individual puede revelar todo el espectro de lo que significa ser humano. Pero prismas compartidos, prismas intercambiados, prismas sostenidos uno junto al otro... así es como lo invisible se vuelve visible.

Tu visión se expande no solo mirando hacia afuera, sino permitiendo que el mundo te mire y te transforme. Forzar a otros a ver la vida a través de tus lentes mientras te niegas a mirarla a través de los de ellos es inútil.

Es como exigir que alguien admire un atardecer desde tu ventana mientras tú te niegas a acercarte a la de él. Puedes gritar sobre los colores que ves, insistir en la belleza que percibes, argumentar que tu ángulo es el “correcto”, pero si no te mueves, si no miras, el intercambio se derrumba en ruido.

Un lente no es un arma. Una perspectiva no es una orden. Una cosmovisión no puede imponerse; solo puede ofrecerse. Y la oferta solo importa si es mutua.

Porque la comprensión no nace del dominio, sino de la reciprocidad. De la disposición a dejar que tu prisma sea tocado, aunque sea levemente, por la luz refractada a través del prisma de otro. Del valor de permitir que la verdad de otra persona expanda o desafíe tu subjetividad.

Cuando exiges ser comprendido sin buscar comprender, creas resistencia.

Pero cuando abres tu espectro primero, cuando muestras que estás dispuesto a ser transformado, invitas a otros a hacer lo mismo. En esa vulnerabilidad compartida, dos prismas se superponen y aparecen colores nuevos que ninguno podía ver por separado.

Lo que podemos hacer como humanos es compartir nuestros lentes con el mundo, no como instrumentos de persuasión, sino como invitaciones. Ofrecer tu prisma es decir: así es como la vida se ha refractado a través de mí. Este es el espectro que mis experiencias han tallado. Esta es la luz que veo, limitada y luminosa a su manera.

Y para vivir verdaderamente en comunidad, debes estar dispuesto a hacer lo segundo, lo más difícil: observar el mundo a través de los prismas de otros. No para adoptar sus lentes por completo, no para abandonar tu arcoíris de colores, sino para permitir que sus colores toquen los tuyos, para dejar que sus ángulos de luz revelen lo que tu prisma no puede.

Porque tu prisma, hermoso, intrincado y exclusivamente tuyo, sigue estando limitado. Solo puede refractar lo que tus lentes permiten.

Y los prismas de otros, moldeados por vidas que no has vivido, son igualmente limitados, igualmente válidos, igualmente incompletos.

Esta es la belleza suave de ser humano: aceptar que nadie ve el espectro completo, y sin embargo todos ven un espectro. Cuando honramos esto, dejamos de tratar la perspectiva como un campo de batalla y comenzamos a tratarla como una galería compartida, cada prisma ofreciendo una pintura distinta de la misma luz.

Y en esa visión compartida, el mundo se vuelve más grande de lo que cualquiera de nosotros podría percibir solo.

En esa visión compartida.

El universo se convierte en un color infinito.